

El *Príncipe* para quien escribe Maquiavelo es aquel potentado, general y hombre político a la vez, y al mismo tiempo bastante poderoso, que debía dar la unidad a su patria, dividida y esclavizada por los bárbaros tudescos. Por esto pinta en el citado capítulo con palabras conmovedoras la miseria de la Italia: «Si para apreciar el mérito de Moisés fué preciso que el pueblo de Israel hubiese estado en la esclavitud de Egipto; si para comprender el valor y la grandeza de alma de Ciro fué preciso que los persas hubiesen llevado el yugo de los medos; y si para ser dignos de un Teseo fué necesario que los atenienses hubiesen vivido errantes, vagabundos y dispersos, de la misma manera ha sido menester, á fin de que los italianos apreciaran el mérito de un gran genio italiano, que probaran antes la miseria que hoy pesa sobre ellos; que la Italia se vea mas esclavizada que los hebreos, mas oprimida que los persas; que sus hijos hayan sido mas dispersados que los atenienses; que se encuentre en fin sin jefe, sin leyes, despreciada, saqueada, destrozada, objeto de la opresión de los extranjeros y víctima de las mas crueles humillaciones. La Italia yace exánime, aguardando el hombre que venga á curar sus heridas; que acabe con los saqueos y devastación en Lombardia, Nápoles y Toscana y que cicatrice sus antiguas llagas. ¡Ved cómo pide á Dios que le envíe un hombre que la libre del yugo insolente y cruel de los extranjeros! ¡Ved cómo busca con la mirada por todas partes una bandera en torno de la cual reunirse y marchar á la voz de un héroe contra sus opresores!»

La Iglesia no podía dar á la Italia el Mesías que pedía Maquiavelo, ni el papa podía ser su salvador. La Iglesia y el clero habian hecho impíos á los italianos, y habian emponzoñado sus costumbres; el Estado de la Iglesia y la política de los papas entregaron á la Italia á una impotencia y división eternas. El país que no está reunido en una república indivisible ó bajo el cetro de un solo soberano, de ningún modo puede prosperar; y si la Italia jamás habia podido gozar de esta ventaja, nadie mas que la Iglesia tenia la culpa. La Iglesia jamás habia tenido fuerza ni ánimo bastantes para hacerse señora de toda la Italia, pero los habia tenido para impedir con el auxilio extranjero que otro realizara la obra de la unidad. Así quedó el país impotente y dividido, presa indefensa de cualquier tirano extranjero por culpa de la Iglesia (1).

Segun Maquiavelo, solo podía regenerar á Italia, un príncipe seclar; y este era para él Lorenzo, hijo de Pedro y nieto del gran Lorenzo de Médicis; á él dedicó su obra del *Príncipe*, y á su ilustre casa dedica la exhortación que forma el último capítulo de su obra. La misión principal de este caudillo ha de ser la guerra, la mas justa y santa que puede haber; obra pia es tomar las armas, porque fuera de ellas no hay salvación ya; Dios mismo promete la victoria; una nube enseña el camino, el mar se ha partido para dejar paso; la peña ha manado agua, y el maná ha llovido del cielo; todo se reúne para procurar á la casa de Médicis la grandeza y ella debe hacer lo que falta por el remate; la Italia estará con ella; un ejército nacional, formado de italianos valientes y leales, se arrojará invencible sobre las huestes mercenarias españolas y suizas. «¡Con qué delicia, con qué sed de venganza, con qué fe inquebrantable, con qué amor, con cuántas lágrimas saludarán á su salvador todos los países italianos que tanto han sufrido bajo las oleadas de extranjeros! Todas

las puertas se le abrirán; ninguna comarca le negará la obediencia, ni la envidia ni los celos le crearán obstáculos, ni ningún italiano rehusará ocupar su puesto en las filas de su ejército, porque el odio al dominio extranjero es general. Ea pues, encárguese esa casa ilustre de tan grandiosa obra con todo el arrojo y con toda la fe que acompañan á las empresas justas, á fin de que bajo sus banderas se vuelva á ennoblecer esta patria y se cumpla bajo su dirección la palabra del Petrarca: «Contra el furor echa mano á las armas la generosidad; que la lucha sea corta, porque no se ha extinguido todavía el valor varonil en los pechos italianos.»

Con razón conservan los italianos la memoria de su gran compatriota, que fué el primero que descubrió lo que á su patria hacia falta, á saber: un ejército nacional y un rey resuelto y decidido á no tener consideración, á barrer de su país con escoba de hierro todos los extranjeros, y á acabar con los gobiernos fraccionados. Solo bajo este aspecto entendía Maquiavelo el príncipe que pintó en su libro y solo así se comprende este tratado. En fin, que en el concepto de Maquiavelo santifica todos los medios, era la salvación de su patria.

En otro escrito (Discursos, III) dice el mismo autor: «La defensa de la patria es siempre obra noble, cualquiera que sea el medio que se emplee. Cuando se trata del bien de la patria, no hay que mirar lo que es justo ni injusto, ni humanidad, ni crueldad, ni baldón ni gloria; por encima de todas las consideraciones están el bien y la independencia de la patria.»

Esta patria para la cual Maquiavelo buscaba un príncipe salvador, era un país pisoteado, maltratado sin cesar por extranjeros, un país que, segun dice, no debía rechazar arma alguna para hacerse libre y unido, un país cuyo libertador habia de ser astuto como la zorra y fuerte como el león, porque la traición, el perjurio, la deslealtad, el asesinato, el puñal y el veneno acechaban todos sus pasos; todos los crímenes le amenazarían, y por tanto no debería ni podría retroceder tampoco ante ninguno de estos medios.

Agréguese á esto que la Italia de su época, la del siglo XVI, no habia conocido ni sus señores eclesiásticos y seculares le habian enseñado otra moral mas que una perversidad refinada, al paso que los medios perversos propuestos por Maquiavelo la ennoblecían, porque los exigía la férrea ley de la necesidad de defender su nacionalidad, y el sagrado objeto de la libertad y de la unidad.

Fuera de su terreno histórico, claro está que la moral de la célebre obra «El Príncipe» de Maquiavelo, ofreciera un aspecto muy diferente.

Todo esto ignoraba el príncipe Federico, como lo ha ignorado nuestro siglo actual hasta que Víctor Manuel y el conde Cavour crearon la Italia una y libre. Para Federico no era Maquiavelo el patriota que proponía remedios desesperados á su patria, mas desesperada todavía, sino un monstruo que por pura protervia inculcaba en el ánimo de los príncipes errores condenados; pero á su indignación, bajo este punto de vista justo, se debe lo que da aun hoy valor á la obra de refutación, á saber, un cuadro nuevo y elocuente de la relación verdadera que debe existir entre el soberano y su pueblo; doctrina que no habia presentado hasta él ningún filósofo ni antiguo ni moderno, pero que señala una nueva época en la vida de los países monárquicos. Esta doctrina es la de los deberes del trono.

Federico habia tomado la pluma para atacar el mal que habia originado el maquiavelismo en las cortes de los potentados; porque no distinguía el Maquiavelo histórico del que la posteridad habia hecho proverbial; y de proposiciones sueltas del libro del «Príncipe» formó un ramillete de lo mas

malo de esta obra, al cual opuso un ideal de príncipe cuyo bosquejo traza ya bastante claramente en el primer capítulo de su refutación. Segun él, la dignidad real es una institución que los pueblos han juzgado necesaria para su tranquilidad y conservación; y si la institución no tuviese este origen y esta base, carecería de razón de existencia. Las funciones del jefe del Estado son tres: primera, la de juez árbitro que decide las cuestiones de derecho y conserva así la paz interior del país; segunda, la de protector que defiende la vida y propiedad de sus súbditos contra los ataques de los enemigos; y tercera, la de soberano que abarca los intereses particulares en el conjunto del interés general. Al instituir esta dignidad se buscaba para ella al individuo mas sabio, mas justo, mas desinteresado, mas noble y mas decoroso, de suerte que el individuo que reviste esta dignidad se debe considerar como el *primer criado* (así dice en dos originales, pero en alguna copia y otros escritos posteriores dice *servidor*) de sus pueblos; y que ha de ser la palanca de su felicidad, y el instrumento de su gloria.

Después pregunta: «¿En qué consiste el maquiavelismo?» y contesta: «En la creencia de que el soberano solo tiene derechos y ningún deber. Su egoísmo es la ley suprema, su capricho el móvil principal de sus actos; y el país y el pueblo solo existen para sacrificarse por el esplendor de su corte. Esta funesta doctrina ha sido elevada á artículo de fe por Luis XIV, y ahora domina en el pecho de todos los descendientes de príncipes, y especialmente bajo una forma repugnante y grotesca entre los innumerables principillos del imperio germánico, al cual se aplica todo lo que Maquiavelo dice de su país. Estos soberanitos diminutos, hasta el último retoño de la línea menor, quieren ser cada uno un Luis XIV en pequeño; cada uno quiere tener su propio Versalles, abrazar á su Maintenon y sostener una *casa real* con todos sus dignatarios, servidumbre y guardias de corps, bien que todo esto en escala microscópica. Estos reyezuelos que arruinan á sus pequeños países para ostentar un boato imbécil, harían mejor en bajar de su altura irrisoria y fundirse juntamente con sus antiquísimos escudos de armas entre los particulares acomodados; y si tanto desean verse rodeados de gente de armas, en hora buena que mantengan de su peculio una guardia para defender sus palacios contra los ladrones en caso de que estos últimos tengan realmente tanta hambre que se atrevan á extraviarse en tales palacios (véase capítulo 10 de la Refutación). Los príncipes y magnates eclesiásticos no forman excepción de esta regla triste, porque en ningún país hormigean tanto los mendigos como en los territorios de la Iglesia, ni en otra parte alguna se ve tanta miseria humana como allí; pero estos déspotas piadosos dicen: «de los pobres es el reino de los cielos», y así pueden felicitar estos mendigos extenuados por el hambre de que los sapientísimos pastores de sus almas los preserven de la corrupción que acompaña al lujo (capítulo 11).

Un soberano verdadero y de buena ley no lo es para disfrutar, sino para trabajar; el primer sentimiento que debe animarle es el amor á la patria; su único objeto ha de ser el bien de su país; y á este objeto ha de subordinar todo, su amor propio y sus pasiones, y poner á su servicio todos los recursos útiles, pensamientos, personas y cuantos medios tuviere á su disposición (capítulo 13).

El primer deber de un soberano es la administración de la justicia; el segundo la protección y defensa de sus territorios; además ha de ser perito en el arte militar, ha de saber todo lo que constituye una buena organización y disciplina, y ser capaz de mandar en persona sus ejércitos, de sopor las fatigas de la campaña; ha de entender de estrategia para elegir los campos de batalla, saber proveer á la manu-

tención de las tropas, y tener siempre á mano salidas y recursos tanto en la fortuna como en la desgracia (capítulo 14).

Su puesto, adonde le llaman el honor y el deber, es á la cabeza de los defensores de su país; pero allí ha de luchar, no solo contra el enemigo armado, sino tambien contra el tentador mas peligroso de los monarcas soberanos, á saber: el demonio de la gloria y la fama de guerrero. La vida de los súbditos es el capital mas precioso confiado á los príncipes; por eso deben meditar mucho antes de arriesgar este capital (capítulo 17).

¿Cuándo puede calificarse una guerra de justa? En ningún caso debe decidir esta pregunta el clero, porque nada es mas peligroso para un rey que dejar creer á sus súbditos que las guerras por motivo de dogmas son justas. Este seria el medio de hacer dueño al clero de la paz y de la guerra, y someter al soberano, al país y al pueblo á los mandatos del fanatismo y del celo religioso ciego que en todas partes y en todos los tiempos no ha causado mas que desgracias. Tampoco debe el soberano herir la susceptibilidad religiosa de sus súbditos, á quienes lo mismo que al clero debe acostumbrar á la benevolencia y á la tolerancia, en lo cual el arte de gobernar está conforme con el Evangelio que encarga la paz, la humildad y la fraternidad. Por otra parte esta conducta se armoniza con el interés del soberano, pues que el fanatismo crédulo y la superstición ciega que llegan hasta creer que Dios recompensa en el cielo ciertos crímenes, son los arrecifes contra los cuales naufraga la fidelidad de los súbditos (capítulo 21).

La guerra mas justa que existe es la que se emprende para rechazar una invasión ó ataque enemigo, ó sea la que tiene por objeto la defensa de la patria. Esta guerra es la de la defensa del hogar contra los ladrones y asesinos, y se funda en el deber de defenderse contra toda fuerza que viene de fuera. Son tambien justas las guerras que un potentado soberano emprende para sostener con las armas derechos y pretensiones que se le disputan; porque no hay tribunales para los pleitos de los reyes, ni otro medio mas que la guerra para decidirlos. No menos justas, por lo inevitables, son aquellas guerras ofensivas que se emprenden para evitar á tiempo, la constitución de un poder preponderante que si se dejara formar devoraría el mundo y haría inútil luego toda resistencia. Entre dos males es preciso escoger el menor, mientras es tiempo; mas vale una guerra ofensiva mientras se puede elegir entre el ramo de oliva y el de laurel, que no aguardar hasta aquel momento de desesperación en el cual una declaración de guerra solo detiene por contados instantes la ruina y la esclavitud.

Injusta y francamente execrable es la conducta de aquellos déspotas indignos que trafican con la sangre de sus súbditos vendiéndola ó alquilándola por oro á beligerantes extranjeros.

El soberano debe velar como un padre por la vida de sus pueblos; y los déspotas que tan infamemente comercian con su sangre son el oprobio de la humanidad y deberían ruborizarse de la infamia que con esto cometen (cap. 26).

Estos fueron los pensamientos de Federico II cuando todavía era príncipe heredero; estos fueron sus principios cuando rey, y á ellos ajustó su vida y sus actos. Con ellos y con su ejemplo justificó brillante y noblemente el gobierno de su padre y el espíritu de su familia desde el Gran Elector, y sacó la idea monárquica del repugnante lodazal en que yacía.

En el país clásico de la soberanía absoluta, en Francia, habia sido el trono primero un azote para los pueblos, y luego un objeto de desprecio para toda persona de criterio

(1) Véase el *Discurso* 1.º capítulo 12 de Maquiavelo. (*)

(*) Esto podrá decirlo Maquiavelo en el *Discurso* I.º de que habla el autor; pero en el *Tratado del Príncipe*, seguramente no lo dice ni mucho menos en su exhortación, que hemos copiado á la letra del original. (N. del T.)

noble y recto. En toda la Europa, pero muy particularmente en Alemania, se había apoderado de los príncipes como una peste, este sistema de tiranía faraónica sin conciencia y tan fatal para las cortes como para los pueblos. La Europa monárquica estaba enferma y decrepita hasta la médula de los huesos cuando se le presentó en la persona de Federico el Grande el médico y salvador. La superstición de las masas continuaba en su fe y obediencia á los tronos que conocía, pero las personas pensadoras ya no creían en ellos; había llegado el tiempo de la aparición en el mundo del pensamiento libre é independiente que comenzaba á enseñar sus terribles y afiladas armas. Federico restauró la dignidad de la institución monárquica en el concepto de las personas pensadoras, excitó en su favor el entusiasmo de las masas y elevó el despotismo ilustrado al sistema de su siglo.

Bolingbroke dice en su escrito «Idea de un rey patriota» (1): «¿Qué puede haber mas amable, mas digno de veneración que un rey á quien todo su pueblo mira con amor y admiración? Pues bien, este espectáculo, el mas conmovedor que la humanidad conoce, dió Federico el Grande en medio de una generación demasiado adelantada ya para continuar por mas tiempo prosternada maquinalmente delante de ídolos. El doctrinarismo de las escuelas solo conoce un ideal, el de la república y de los republicanos; pero tambien tienen su ideal la monarquía y sus partidarios, y el autor de este ideal ha sido Federico el Grande cuando inscribió en caracteres lapidarios en la historia universal su doctrina de los deberes del trono; y si los pueblos no le hubiesen dado el epíteto de *el Grande*, los reyes habrían debido dárselo, porque restituyó á la institución monárquica el carácter noble que había perdido, y le dotó del tesoro de un ideal que le dió fuerza para resistir las catástrofes del siglo pasado y las revoluciones del actual. Y ¿qué tesoro es este? Se funda en las virtudes cívicas, en el trabajo constante, en la prevision solícita é incansable, en el cumplimiento inexorable del deber, que no retrocede ante ningun sacrificio ni conoce vacilaciones. *La regeneración de la institución monárquica por medio del civismo* es la obra magna de Federico el Grande.

IV.—EL PRINCIPIO DEL REINADO DE FEDERICO II. (2)

«El poeta y el monarca no forman ya mas que una sola persona; el pueblo, objeto de mi amor, es ahora la única divinidad á la cual he de servir. ¡Adios versos, conciertos, amigos, adios tambien Voltaire! Mi dios supremo es en adelante mi deber.» Con estas palabras anunció el rey Federico II á su distante amigo el gran cambio de su destino ocurrido á las tres de la tarde del 31 de mayo de 1740. En 27 del mismo mes había salido el príncipe de su palacio de Rheinsberg para acudir junto al lecho de muerte de su padre. Un mes despues con corta diferencia, es decir, en 24 de junio escribió otra carta á Voltaire, pues la anterior lleva la fecha del 12 del mismo mes, en la cual decía lo siguiente: «El rey me colmó de caricias; mas de una hora me habló de negocios tanto del interior como del exterior con perfecta serenidad y claro criterio; lo mismo hizo, el sábado, el domingo y el lunes, apareciendo muy tranquilo, muy conforme y soportan-

(1) *Idea of a patriot King*. Véanse sus obras completas, Londres 1809.

(2) Consúltense las obras alemanas siguientes: «*Documentos del Estado de Prusia del reinado de Federico II*. Berlin 1877, tomo 1º (1740-1745), *Miscelánea; Datos para la historia de Federico el Grande*; Berlin 1878.—*Correspondencia diplomática de Federico el Grande*; Berlin 1879.—*Histoire de mon temps*, (redacción de 1746) publicada por M. Posner; Leipzig 1879.—*RANKE. Doce libros de la historia de Prusia*. Véanse sus obras completas.—*J. DROYSSEN. Historia de la política prusiana*; Leipzig 1874, 1ª parte;

do su mal con gran valor. El martes á las cinco de la mañana depositó en mis manos el gobierno y se despidió cariñosamente de mis hermanos, de todos los oficiales y de mí. La reina, mis hermanos y yo estuvimos junto á su lecho durante las últimas horas de su existencia. En la agonía mostró la fuerza estóica de Catón, y murió observándose atento como un investigador científico y con el valor heróico de una alma grande, notando la marcha de su mal hasta el instante de espirar; dejándonos sumidos en el mas profundo dolor por su pérdida, y dándonos el ejemplo de cómo se ha de morir sin temor ni cobardía.

«El trabajo enorme que su muerte ha echado sobre mis hombros no me deja tiempo para entregarme al dolor, porque desde este momento creí que me debía por entero á mi patria, y con esta idea he trabajado con todas mis fuerzas, tomando sin tardanza todas aquellas disposiciones que he creído reclamadas por el bien público. En seguida he dispuesto aumentar el ejército con 16 batallones, 5 escuadrones de húsares y uno de guardia de corps. He echado los cimientos de nuestra nueva academia; he adquirido para ella á Wolff, Maupertuis, Algarotti, y espero contestación de S'Gravesande, Vaucanson y Euler. He fundado un nuevo consejo para el comercio y la industria; contrato pintores y escultores, y estoy á punto de pasar á la Prusia oriental (Konigsberg) para recibir allí los homenajes del país, etc., sin la santa ampolla, ni ninguna de las formalidades vacías de objeto y de sentido comun, que han inventado la ignorancia y la superstición favorecidas por el uso y la costumbre.»

Con mayor emoción que Voltaire [al recibir esta carta, conocieron las personas que rodeaban al joven rey, entonces de 28 años de edad, que acababa de entrar en el gobierno un nuevo espíritu que se manifestaba desde los primeros momentos. Así sucedió al anciano príncipe Leopoldo de Dessau que juzgó oportuno hablar al joven monarca desde luego, cuando apenas se había alejado del lecho de muerte de su padre de la *autoridad* que había gozado en el ánimo del difunto y de su esperanza de gozar en adelante del mismo influjo en el del hijo, á lo cual este le dió la contestación contundente: «No tengo noticia de esa autoridad; pero ahora que soy rey me propongo ser la autoridad yo mismo». A los generales que no tardaron en presentarle sus homenajes, recordó Federico que no bastaba para un ejército ser bello á la vista, sino que había de tener tambien mérito intrínseco y ser eficaz cuando se le necesitase para proteger el país como era su destino, en vez de ser para él una plaga por la dureza, codicia é insolencia de sus jefes. Al día siguiente dijo á los ministros que se presentaron en Charlottenburgo: «Hasta ahora han distinguido Vds. entre el interés del rey su señor y el del país; han creído Vds. cumplir con su deber dedicando toda su solicitud al primero, sin acordarse del segundo. No vitupero á Vds. por esto, porque sé que el rey difunto tenía sus motivos para no desaprobarnos esta conducta; pero yo tengo tambien motivos para pensar de otra manera, y creo que el interés de mis Estados es tambien el mio, y que no puedo tener ninguno opuesto á él. De consiguiente no hagan Vds. en adelante tal distinción, y tengan presente, de una vez para siempre, que no conozco mas interés mio particular que aquello que contribuye al alivio y felicidad de mis súbditos.»

El tercer día de su reinado fué señalado con la abolición de la tortura en Prusia, abuso infame sin el cual ningun verdadero criminalista de entonces creía posible el descubrimiento de la verdad. Poco despues fué abolido otro abuso que se cometía con ciertas prohibiciones y anulaciones de matrimonio. Federico II declaró lícito todo matrimonio sin necesidad de dispensa alguna mientras no traspasara lo



Federico II (tercer rey de Prusia)